



Héctor Tajonar

Paradojas de la reforma

El accidentado proceso que culminó ayer con la aprobación de la reforma petrolera es un retrato fiel de la compleja transición democrática del país, en la que conviven el debate de altura y la gritería, la negociación política y el chanchullo, la argumentación racional y la manipulación, los cauces institucionales y las manifestaciones callejeras. Finalmente, la negociación política se impuso sobre la acción directa, pero a cambio de ello las creencias ideológicas vencieron a la racionalidad económica.

La reforma aprobada tiene más de las propuestas del PRD que del proyecto original del presidente Calderón, del cual fue eliminado todo lo que oliera a privatización. Ése fue el gran acierto táctico de López Obrador: haberse apoderado de la dimensión simbólica del petróleo. Ello le permitió definir el tema central del debate sobre la reforma energética, reduciéndolo a un dilema de carácter ideológico. La discusión sobre si debería o no *privatizarse* el petróleo prevaleció sobre el análisis técnico y económico para modernizar a Pemex. La palabra privatización, nunca bien definida, se convirtió en anatema. Los *defensores del petróleo* lograron monopolizar el concepto de patriotismo.

La manipulación renovada de un obsoleto nacionalismo revolucionario que se creía superado, y que representa un obstáculo para la modernización de la industria petrolera y del país, se impuso sobre un errático y desdibujado proyecto gubernamental. El gobierno panista

no fue capaz de convencer de las bondades de su iniciativa de reforma y, aun antes de elaborarla, cometió el grave error de difundir una pueril campaña publicitaria que obviamente tuvo un efecto contraproducente.

Durante todo 2007, los desacuerdos dentro del gabinete impidieron que se realizara un diagnóstico certero sobre la industria petrolera. Los secretarios de Energía y Hacienda, así como el director de Pemex, no lograron ponerse de acuerdo durante las discusiones que tuvieron lugar en Los Pinos, con el presidente Calderón como testigo. "El tono de esos debates era: la Sener queriendo tener más poder sobre Pemex, Hacienda sin querer perder el control de los recursos generados por la paraestatal y Pemex queriéndose defender de las dos secretarías." (*Enfoque*, 26 de octubre de 2008).

El vacío gubernamental, agravado por el nombramiento de Mourinho como secretario de Gobernación, fue aprovechado por López Obrador para emprender su campaña contra la reforma petrolera calderonista. La iniciativa del Ejecutivo fue enviada al Congreso en abril, con la esperanza de que fuera aprobada por la vía rápida a través de la alianza con el PRI. Dicho plan, de dudosa calidad democrática, se vio frustrado por un acto abiertamente contrario a la democracia: la toma de las tribunas

de las cámaras de Diputados y de Senadores.

Paradójicamente, esa maraña autoritaria dio lugar a un debate inédito por su calidad política e intelectual sobre la problemática energética del país, que tuvo lugar en el Senado. En agosto, el PRI y el FAP decidieron presentar sus propias iniciativas. Al darse cuenta de que la suya no iba a transitar en el Congreso, el presidente Calderón decidió propiciar un acercamiento con los legisladores y la dirigencia del PRD.

Ante el viraje presidencial, López Obrador quiso evitar quedar "como el loquito del Periférico", y que el mérito de la reforma se le atribuyera a los senadores que la negociaron: Graco Ramírez y Carlos Navarrete. Por eso, mientras el dictamen aprobado por los senadores fue avalado por la mayoría de los legisladores del FAP, por los gobernadores del PRD — incluido Marcelo Ebrard —, así como por sus propios asesores, el tabasqueño se empeñó en que se agregaran las famosas 17 palabras al artículo 61 de la Ley de Pemex, para evitar "ceder a pedazos nuestro territorio a empresas extranjeras" — según lo expresó ante los diputados. A pesar de ello, las huestes obradoristas tomaron ayer la tribuna de la Cámara de Diputados, pero no lograron evitar que se aprobara la reforma petrolera, a la que habrá que juzgar por sus resultados.

No se privatizó el petróleo, pero tampoco se acabará con el mayor lastre de Pemex: la corrupción. Está por verse si con la reforma aprobada la empresa se volverá eficiente y productiva. Paradójicamente, el mayor logro de la reforma es político: los legisladores del PRD se



han convertido en interlocutores viables y confiables del gobierno panista, y viceversa. En materia democrática, ése no es un asunto menor. ■M

htajonar@artemultimedia.com.mx

El gran acierto táctico de López Obrador fue haberse apoderado de la dimensión simbólica del petróleo. La manipulación de un obsoleto nacionalismo revolucionario se impuso sobre un errático y desdibujado proyecto gubernamental

